EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIV — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 9932

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 25 id.—La suscricion empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—Las correspondencias á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

LUNES 10 DE DICIEMBRE DE 1894

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Paris, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Monmartre, 31.

MUSEO COMERCIAL

PUERTAS DE MURCIA.--PASAGE CONESA

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción

Motores á vapor, gas y petroleo.—Cables plomos y redondos de acero, abaca y cáñamo.—Herramientas de todas clases.—Gomas y empaquetaduras.—Vías férreas y wagones.—Arados, prensas, bombas.—Cemento catalán.—Viguelas de hierro.—Tuberías é inodoros.—Papeles y relieves para el decorado de habitaciones.—Basculas y Romanas.—Cajas de caudales.

Se remiten precios y dibujos á quien los solicite.

«El Liberal» en Cartagena.

Por el interés que tienen las impresiones que han sacado en su vista á esta ciudad los redactores colaboradores, cuyo nombre va á la cabeza de estas líneas, insertamos hoy en nuestro periódico [illegible] que referente á esta población, aquél publicó [illegible] nuestro hermano en los restaurantes.

De [illegible] CARTAGENA

DINÁMICA PERIODÍSTICA.—RIOJA.

El deber y la modestia se hermanan en abierta contradicción en esta campaña iniciada por *El Liberal* y abrazantemente seguida por sus representantes en las provincias: el primero impulsa á proseguirla con [illegible] inquebrantable; la segunda [illegible] el rostro de los [illegible] á quienes por el momento [illegible] tan honrosa tarea, y [illegible] objeto de general consideración y de expresivos agasajos que [illegible] hacen, llegan á nivel tan [illegible] alto cuanto más [illegible] se encuentra el de sus merecimientos.

[illegible] como la ley física, [illegible] por aquellas dos fuerzas, [illegible] en juntas, y aunque [illegible] idénticas por su origen, [illegible] resultante que ha de continuar sostenienda entre nubes el necesario equilibrio y como la [illegible] de *El Liberal*, hacen [illegible] de la modestia de sus representantes, preciso será deducir que estos últimos no son más que la expresión de la fuerza que en este [illegible] hidalgo tiene todo pensamiento elevado.

Por [illegible] se explican las manifestaciones de simpatía con que se nos [illegible] en todas partes; sólo de este modo [illegible] el [illegible] con que [illegible] fueron honrados en Cartagena los redactores de *El Liberal*; sólo así [illegible] tiene [illegible] la prensa local [illegible] de opiniones políticas [illegible] en que [illegible] la campaña iniciada por *El Liberal* á todo interés [illegible] daría, nos diese con su abrazo el saludo más grato para nosotros, hijos del periodismo, siquiera humildes é insignificantes.

A ella, pues, nos dirigimos en primer término, á fin de suplicarle que, como intérprete de nuestros sentimientos, exprese nuestra gratitud hacia esta ciudad, tan hermosa cuanto infortunada, y para que sepa por nosotros mismos que ahora, como en todas ocasiones, la voz débil pero enérgica de *El Liberal* se unirá á la suya, siempre que se alce para lamentar las desdichas de Cartagena y siempre, también, cuando de procurarles remedio se trate.

Y así aquella resultante de que yo hablaba anteriormente, aunque valga poco, podrá, quizás, unida al esfuerzo del periodismo local, servir de algo.

Que al fin y al cabo, nadie puede poner en duda que la unión es la fuerza.

* * *

Un telegrama que *El Liberal* ha recibido y que le transmitió su ilustrado corresponsal en Cartagena, Sr. Jorquera, ha dado á conocer la cantidad y el número de las personas que nos dispensaron la honra de recibirnos en el andén de la estación y de acompañarnos hasta después de habernos instalado en el Hotel de Ramos, uno de los mejores, si no el mejor, de la ciudad.

Más tarde y cuando en unión de todas ellas y de algunas más, que se unieron á acompañarnos en una ruda excursión por los muelles, nos dirigimos hacia el inmediato pueblecito de Santa Lucía, el señor Pelegrín, presidente de la Cámara de Comercio, haciendo que me fijase en el puerto me dijo:

—Recuerde usted á Rioja; nunca con mayor oportunidad podría decirse:

«Estos, Fabio, ¡oh, dolor! que ves ahora campos de soledad, mustio collado, fueron un tiempo Italica famosa.»

Y, efectivamente, el Sr. Pelegrín tenía razón que le sobraba.

Apenas el ánimo contemplar este hermosísimo puerto, hasta hace pocos años en gran parte ocupado siempre por numerosos barcos de todos los países, triste y solitario hasta el punto de no tropezar la vista en todo su anchuroso ámbito más que con algún desvencijado [illegible] de la Aranda, convertido para muchos que en pantanos con años cuantas barquichuelas atracadas al muelle y cuyas izadas velas parecen condenadas á no dejarse desplegar por las sacudidas del viento.

Abandonado el mar, también se ve abandonada la tierra, que contiene el mapa de su clase, porque cuando cesan el ruido del vapor, el rechinar de las cadenas del ancla y el grito de las parejas, los gritos de á bordo, y el silbido de los contramaestres, cesan al mismo tiempo los choques de los remos que impelen hacia el malecón las mercancías que medio aquerje á la bahía, el movimiento de las grúas y el desfrenamiento de los cubiertas [illegible] de la actividad, expresión de bienestar y signo de subsistencia para cuantos del comercio del mar viven, así en el mismo mar como en la tierra que lo cultiva.

El espectáculo no podía ser más desconsolador; la soledad, el silencio, el abandono en todas partes: solo algún carabinero,—personificación armada del fisco—perezosamente apoyado en su carabina y apenas perceptible entre las montañas de abandonado mineral de hierro, cubiertas por el tiempo de hierbecillas, trancaba la monotonía de aquellos lugares, emporio de riqueza y esfera de vertiginosa actividad hace pocísimos años: y un poco más allá, Santa Lucía—desde cuya torre es fama que se lanzó á los espacios el apóstol Santiago para combatir á la morisma—inerte, triste y casi abandonado por sus antiguos moradores, que en vano han esperado uno y otro día, un año tras otro, que la suerte mejorase sus horas y que el movimiento de trabajo les devolviese el pan cotidiano.

¡Ah! Verdaderamente era preciso alzar la vista hacia los montes vecinos ó dirigirla en dirección de la ciudad, para persuadirse, al contemplar aquella línea de fuertes, aquella muralla que más que de cintura sirve de dogal á este pueblo, de que nos hallábamos en Cartagena, la perla del Mediterráneo, refugio inestimable de los viajeros marinos, fondeadero solicitado por centenares de barcos exportadores de millares de toneladas, puerto predilecto de las escuadras y población sustenedora de innumerables braceros.

¿Qué funesto y excepcional concurso de circunstancias ha colocado á Cartagena en situación tan desconsoladora?

La prensa local, y con ella todo el mundo, señala aquí las causas que han producido aquel estado de cosas: con repetirlo, nada nuevo dirá *El Liberal*, pero como es preciso insistir en ello tantas cuantas veces sea necesario, patriótico juzgo tratar algunas de las consideradas como más importantes con todo el buen deseo que tan noble causa me inspira, siquiera tenga la certeza de luchar con la deficiencia de mis medios.

* * *

La cuestión minera—de que me ocuparé en otra ocasión con el detenimiento que merece—es la determinante, en primer término, del profundo malestar que siente Cartagena; pero hay otras varias que conspiran al mismo resultado, y una, en particular, que tiene con ella relación íntima y directa: la de tarifas de ferrocarriles.

Lo que á propósito de este punto dije respecto á la exportación de las producciones de Murcia, es aplicable á otro ramo de riqueza que interesa en alto grado á Cartagena.

Parecía natural que á las Compañías ferroviarias les conviniese—en relación con la industria y el comercio—abaratar los transportes de minerales de plomo que, procediendo—por ejemplo—de Linares, se destinasen á las fundiciones de esta zona minera. Sin embargo, no sucede así. Las Compañías, sin tener en cuenta la tremenda depreciación que por diversos motivos han experimentado los plomos, sostienen las mismas tarifas que aplicaban cuando aquéllos tenían precios elevados; de manera que actualmente el transporte, comparado con el precio á que se adquiere la primera materia en el punto productor, está en relación de un 50 por 100: es decir, que costando en Linares diez reales un quintal—ó sean 46 kilos—de mineral de plomo, hay que recargarlo, por solo el concepto del arrastre hasta Cartagena, con cinco reales, próximamente, lo cual, unido á los demás gastos peculiares de la elaboración, hace imposible el tráfico y arruina en este sentido á la industria.

Y he aquí que las Compañías ferroviarias prefieren no transportar minerales de plomos, si ese transporte ha de obligarlas á reducir un poco sus tarifas. ¡No puede concebirse mayor absurdo!

Con tan estrecho criterio, con desdén tan perfecto para con las necesidades del país, ¿cómo pretenden las empresas ferroviarias que les presten simpatía los quebrantos de que se lamentan? Si contribuyen en [illegible] al perjuicio de la generalidad de los españoles, ¿cómo quieren que el conjunto de los españoles, muestren interés en ayudar á los que demandan por sus auxilares se convierten en sus más encarnizados adversarios?

Piénsenlo bien las Compañías: Cartagena agoniza y reclama su concurso.

Negárselo es inhumano y quizá perjudicial para ellas en lo porvenir.

Ahora, que opten.

Julio de Vargas.

TIJERETAZOS

Leemos en «El Eco de Navarra» correspondiente al día 5:

«Se han impuesto 500 pesetas de multa á un sujeto que alborotó en el teatro.

A dos *sustitos*, por blasfemar, se les impuso 75 pesetas de multa.»

Eso sí que es administración de primera fuerza.

¡Imponer multas á los sustos blasfemos!

Ni que decir tiene.

—

En Sans ha sido detenido un hombre acusado de haber estafado cien mil pesetas.

Pesetas son para darlas en tanto.

—

Ha sido descubierta una falsificación de billetes del Banco de España.

Por supuesto, difieren mucho de los legítimos, según se puede ver en una media columna que han empleado los periódicos de Madrid para apuntar las diferencias.

Qué satisfechos se harán quedado los que no han visto un billete en su vida, ó los que no están acostumbrados á ver billetes.

En cayendo uno en sus manos se hacen un lío.

Sobreponiendo á uno tienen otro con quien compararlo.

—

Ha dicho Pasquín que si no se hiciera el dique de Cartagena tampoco se hará el de la Carraca.

Esas dependencias son muy molestas señor Pasquín.

Por ellas no se ha hecho el dique de Cartagena hace muchos años.

—

En Madrid ha muerto un individuo á causa de una borrachera.

Ese debe ser el bello ideal del adorador de Baco.

Morir en brazos del placer echando aguardiente por boca y nariz.

—

En Londres ha sido detenido un representante de la Cámara de los Comunes acusado de haber ahogado á una mujer de vida alegre en medio de la calle.

La cosa no tiene malicia.

¿Y qué dirá á eso Jak el destripador que era hasta ahora el que gozaba del privilegio de llamar la atención de la sociedad inglesa con esos asesinatos de mujeres de cierta vida?

NOTAS

Estamos en época de operaciones militares. Cada cuerpo de ejército ha hecho las suyas y algunas guarniciones, segregadas de los núcleos á que pertenecen, han hecho maniobras en pequeño, pero desde luego instructivas.

Y es claro; habiendo maniobrado los soldados no podían dejar de hacer lo mismo las *guerrillas* de la honda, y algunas veces del revolver ó la navaja: que lo mismo sale á relucir en los guerreros de mentirijillas un revolver Smit que una navaja de Albacete.

Nuestros municipales no se habrán enterado aun de la cuestión. Y es lástima, pues que de estas cosas nadie debía enterarse antes que ellos.

Pero si no lo saben sépanlo para que no se escuden en la ignorancia.

Es el caso, que una tarde sí y otra también, varios zagalones que entrarán en quintas dentro de un par de años, se sitúan junto á un cañón que hay en las inmediaciones del barrio de la Concepción y en aquel punto estratégico que tiene para ellos honores de castillo ó de muralla inespugnable esperan al feroz enemigo, que no tarda en presentarse armado de todas hondas amen de algún cachorrillo de á tres pesetas, de esos que lo mismo le dan un balazo á quien apunta que á quien los dispara.

Verse los dos ejércitos y acometerse con saña fiera todo es uno. El espacio se pueba de crujidos de hondas y del cielo caen una nube de piedras como manzanas. Alguna vez en la exaltación del combate sale á relucir el cachorrillo y una bala cruza el aire buscando un cuerpo humano en donde tomar alojamiento.

Si en esos momentos tiene cualquier vecino pacífico que cruzar el campo de operaciones, más le valiera no haber nacido, porque de fijo le dan una pedrada ó un tiro. Pero si no se atreve por razones de prudencia, resulta que por la salvajadrería de varios salvajes tiene que rodear, perdiendo un tiempo que sabe mejor que el que lo pierde, si he lo que vale.

Ya están enterados los municipales de lo que pasa. Pues bien, se trata de resolver ese supuesto táctico que plantean los discípulos á las mismas puertas de la ciudad. Todos ellos conocen los bandos de la Alcaldía, de modo que el caso está resuelto haciendo un cipo de guerrilleros y metiéndolos en la perrera.

Es vergonzoso, y así deben comprenderlo los agentes de la Alcaldía, que se consientan excesos de salvajismo junto á la misma población y junto al único paseo con que aquella cuenta y deben